

La idea con la que el autor inicia el libro, y que será base de su exposición, es el fracaso de determinadas experiencias situadas en un marco concreto del proceso histórico, que en ningún momento puede determinar la invalidez de la historiografía de una orientación concreta, en este caso marxista. Los numerosos avatares interpretativos a los que se ha visto sometido el marxismo, sus supuestos errores sus dificultades como método de interpretación, y tantas y tantas elucubraciones que se han vertido contra el tratando de anularlo, no derivan más que de un interés muy concreto, la idea nunca alcanzada, pero no por ello menos perseguida, de ciertas fuerzas político-financieras que anhelan acabar con esta interpretación emancipadora, a lo que se unen los seguidores de la historiografía conservadora, al servicio de estos poderes, que tratan de descalificar al marxismo con análisis irreales, al igualar únicamente todas las interpretaciones que se han dado bajo el paraguas de las teorías marxistas. En este sentido, el autor introduce la polémica que se deriva de una supuesta asepsia orientativa de la narración. Nada más lejos de la realidad, la narración desde el momento en que se elabora como reflejo de la historia lleva en si misma una carga ideológica. El modo en que se hace, la posición que ocupan los acontecimientos, derivaciones morales, hacen que la narración adquiera un contenido inseparable de ella misma. Esto ocurre frente a las interpretaciones que separan la narración de la interpretación con explicaciones verosímiles. Otros aspectos serían los que se dan dentro de determinados tipos de historia narrativa, como es la microhistoria, con un reflejo histórico más atomizado, y más cercano a lo que pueda ser una historia local que en ocasiones deriva en anécdota. Un nuevo tipo de síntesis histórica nos acerca más a la rigurosidad y a un conocimiento más amplio y serio, ante el mero regreso a la narrativa tradicional. Se producen casos en los cuales algunos autores se centran en historias personales y particulares para tratar de explicar hechos históricos, recurriendo incluso a versiones noveladas, que en nada contribuyen a un mayor conocimiento histórico ni a resolver posibles enigmas, reduciendo la historia a un simple cuento; la mayor parte de las veces tergiversado intencionadamente. Otras corrientes según Fontana llevan a la historia a un complejo de inferioridad o incluso la expulsan del campo de las ciencias sociales. El autor critica cierto cientifismo inútil que trata de imitar mecánicamente modelos de otras disciplinas. Esta historiografía cientifista arrastra a la historia hacia campos en los cuales pierde su orientación siendo la cliometría uno de los máximos ejemplos del extremismo cientifista. Su empeño en aplicar razonamientos matemáticos a los acontecimientos históricos resulta cuanto menos paradójico. Esto no incurre en caer en el rechazo de la colaboración con otras ciencias teniendo esta aspectos positivos en algunas colaboraciones que no caen en extremos absurdos. En ocasiones estas relaciones, como es en el caso de la economía pasan por las más diversas interpretaciones de la historia en relación a esta. Unos la utilizan para corregir los excesos de la economía, otros tratan de dar una interpretación de hechos históricos en relación a los económicos, llegando a confundirse en ocasiones ambas disciplinas, sin que hayan existido delimitaciones o síntesis claras. Si queda definida la existencia de una historia económica, que añade a esta disciplina el hecho humano y lo completa; de modo que la economía por si sola no puede hacer al quedar fuera el acontecimiento humano, confirmando así que no se pueden separar totalmente los aspectos económicos de los humanos. La historia económica no ha llegado a consolidarse ampliamente como tal, es más bien una complementación necesaria de la economía. El autor resalta que rechazar el cientifismo no es rechazar la ciencia ya que la utilización de algunas resulta especialmente provechoso para la historia, es necesaria la colaboración para un buen análisis de determinados problemas históricos. Hay también que evitar caer en algunos abusos realizados por los cliometras, y buscar el equilibrio. Con respecto a la calidad de vida, es necesario tomar datos lo suficientemente amplios y representativos para evitar situaciones o interpretaciones erróneas. Esos datos contrastados deben incluir aspectos concernientes al ámbito de la vida real de las personas, sus recursos, con cifras representativas, que según el autor son cifras que van más allá de la mera subsistencia biológica, tomando en cuenta la diversidad de cada uno de los grupos sociales en sus diferentes aspectos y combinando enfoques distintos. No solamente los datos cuantitativos nos proporcionan una información y menos si estos se toman como un todo absoluto. La experiencia en trabajos enseña que hacer responsable o determinante de una situación a una única causa concreta, suele inducir a error, las causas que influyen en determinados hechos son múltiples y complejas. Fontana defiende que el hecho de la existencia de hambre en una población no tiene por qué derivar exclusivamente de la falta de alimentos, sin que esta deje de ser una causa importante. Es un ejemplo de ese falso determinismo. Esta necesidad de matizaciones y de mayor profundidad de análisis en el método

historiográfico también se demuestra en aspectos como la transición de la mortalidad, no debida exclusivamente a la mejora de las condiciones alimentarias y médicas sino que tenemos que investigar el amplio número de factores que intervinieron en esa reducción de la mortalidad. Otro aspecto importante es la esperanza de los seres humanos, que formando parte de la calidad de vida, se sale un tanto de los aspectos meramente cuantificables sin que por ello deje de ser relevante en la vida de los seres humanos. Un aspecto como la preocupación por el espacio que viene siendo estudiado desde hace tiempo, se ha orientado en los últimos tiempos hacia corrientes ecohistóricas, ante los efectos devastadores de la actuación del hombre sobre el medio, el uso abusivo de sus recursos y la sobreexplotación de algunos modelos de cultivo. Ningún investigador histórico ha de olvidar la importancia del medio natural, sin llegar al extremo de tomar este como único aspecto de influencia sobre la vida del hombre, o a ciertos abusos deterministas en esa línea argumental. La interpretación humana de los efectos del medio sobre la vida del hombre es imprescindible. La historia ha venido muchas veces influida por el medio, el clima, los recursos, donde se desarrollaban los hechos. Esto reafirma lo dicho anteriormente. Esto viene a reafirmar lo dicho anteriormente y surge dentro del creciente interés por la ecología en los últimos tiempos. A través del análisis histórico nos damos cuenta de lo que sucede en todas partes la tragedia que está viviendo la mayor parte del mundo, desde que surgieron las teorías neoliberales famosas, que han terminado por afectar a todas las disciplinas. El mismo neoliberalismo que tratan de imponer a la fuerza a todo el mundo y que ya empieza a entrar en crisis. Desde que se derrumbó el campo socialista, se desintegró la URSS y dijeron: Este es el fin de la historia, cuando en realidad no es más que el comienzo, porque ahora están comenzando a derrumbarse ellos. Primero llevaron la receta a estos antiguos países socialistas, donde se habían cometido errores, pero una cosa era perfeccionar el socialismo y otra la que se hizo: destruirlo. Y ya vemos los frutos de todo eso, incluso ellos lo admiten públicamente. No es más que el producto de lo que va a pasar, una crisis mucho más fuerte de este modelo que es insostenible. Y el campo del medio ambiente es prioritario porque de él depende directamente la vida del hombre. Ellos mismos se han dado cuenta de la tragedia que significa para el mundo, de la catástrofe que se avecina, porque antes discutían si eran exageraciones de los científicos, invenciones, ahora ven claramente que son realidades inmediatas. Amenazan al mundo con su política y la imponen a los países del tercer mundo a los que llaman en desarrollo, o emergentes –todos los días inventan una palabra–, realmente países en subdesarrollo porque realmente son cada vez más pobres en relación a otros. Todos estos aspectos afectan a los criterios historiográficos que priman en la actualidad, sobre los cuales es innegable la influencia de los poderes fácticos, y por tanto será difícil que el historiador pueda analizar libremente las relaciones entre el hombre su entorno y los acontecimientos históricos. Si pueden analizarse campos que antes no se tenían en cuenta, pero la independencia de ese análisis será relativa. En lo que respecta al discurso histórico, Fontana hace referencia a diversas obras de diferentes autores (hecho permanente en este libro, lo que hace difícil un seguimiento porque los saltos son continuos) en los que ponen duda la necesidad de la literatura, a favor de formas intermedias abogando otros frente a esto de forma contraria por un retorno a la literatura, dentro de la variedad de métodos, aunque los efectos, según el autor, del giro lingüístico en la historia han sido tardíos. También destaca la importancia de medios no textuales con los que el historiador trabaja, como la arqueología o datos como los que proporciona la demografía. La historia no debe desprenderse del análisis crítico cuando se emplean textos, ni olvidar que estos se encuentran en una época, y que algunos pueden tener carácter legitimador. El análisis textual puede convertirse en nefasto para el historiador si olvida estos aspectos, así como el centrarse únicamente en el análisis de textos restringe sobre manera el conocimiento amplio de los acontecimientos, ya que es necesario acudir a otros múltiples aspectos, lo que define Fontana como la lucha contra la esterilización del trabajo histórico. Con respecto a la idea de cultura señala como necesaria la integración. Dentro de la historia de las mentalidades ha existido una fragmentación o parcelación de las materias, con escaso interés de fomentar una unidad argumental complementaria. El autor se pronuncia con dureza contra la cultura catequística de los países del llamado socialismo real ¿en qué medida afecta el desarrollo político al desarrollo historiográfico? Porque yo creo que debería hablarse tanto del fracaso del capitalismo de muchos países como se habla del fracaso de un modelo de socialismo en un número reducido de países. Hay que decir que el capitalismo ha fracasado en más de cien países que están viviendo una situación desesperada como bien señala el autor en la parte final del libro. No entiendo por qué se olvida esto y a partir de la experiencia de lo ocurrido en el este de Europa se habla del fracaso del comunismo. El capitalismo ha arruinado al mundo, ha envenenado los ríos, los mares, la atmósfera, está destruyendo la capa

de ozono y está cambiando desastrosamente el clima del mundo. Y en esto caen continuamente los críticos de la historiografía marxista, en interpretaciones maniqueas, sin reflejar la dominación tiránica del capitalismo, que surge mucho antes de que surgiera ningún país socialista, y prescindir de esto es olvidar una realidad de la que pueden dar testimonio los pueblos del mundo que sufren sus consecuencias. El mismo autor señala los riesgos de la fragmentación que producen interpretaciones sesgadas. No habría que mencionar una mercancía, ni una teoría muy elaborada, bastaría con mencionar un concepto: la desigualdad, que hace ya infeliz al 80% de los habitantes de la tierra, y no es más que un concepto. El autor reitera su alejamiento de las prácticas historiográficas que dominaban en los países del este. Hay que reconocer que sus valoraciones críticas son lejanas al jolgorio que manifiesta la derecha de siempre y sus acompañantes de hoy, entre los que hay no pocos que fueron decididamente estalinistas, ni Fontana se siente abrumado por el derrumbamiento de unos edificios bajo cuyo techo no se encontraba. Coincido con el autor en que nada tienen que ver el marxismo y las corrientes de orientación pseudomarxistas en procesos dirigidos por burocratillas esteuropeas ni la defensa de esa corriente puede desembocar en algo parecido. Pero no se pueden tirar a la basura todo y, con ello, el heroísmo incalculable de tantos camaradas oscuros que quisieron legar al futuro un mundo nuevo y murieron en su empeño, y esto lo reafirma claramente el autor en su exposición final. Frente a los agoreros revisionistas algo es seguro; el mundo de hoy no puede seguir siendo eternamente el mundo de ahora, ni miles de millones pueden seguir en el hambre y la miseria, antes preferirán morir que resignarse a ello. Y la historia jugará un papel importante, explicará que los cambios son inexorables, si es que la humanidad sobrevive a los desastres ecológicos y a los peligros de guerra que el capitalismo y el imperialismo han creado, sus colosales despilfarros de recursos naturales, su afán de dominio, su enloquecido estilo de vida y sus sociedades de consumo. Y esto supone una propuesta por la globalización para construir una visión unitaria. Hoy en la antigua URSS, donde llegaron con sus recetas neoliberales y de mercado, han ocasionado destrozos increíbles, desgajado naciones, desarticulado federaciones de repúblicas económica y políticamente. Han reducido las perspectivas de vida, en algunas de ellas catorce y quince años, ha multiplicado la mortalidad infantil tres o cuatro veces, han creado problemas sociales o económicos que ni siquiera un Dante resucitado sería capaz de imaginar. ¿qué nos deja el capitalismo y la globalización neoliberal? Lejos del paraíso protegido: mil millones de analfabetos, cuatro mil millones de pobres, 250 millones de niños exclavizados, 130 millones sin acceso ninguno a la educación, 100 millones de niños en la calle, 11 millones menores de cinco años que mueren cada año por desnutrición, pobreza, y enfermedades curables. Frente a esto la pregunta que ya se realizó Lenin hace años; ¿qué hacer? El mundo esperará el siglo XXI con unos individuos viviendo bajo los puentes de Nueva York envueltos en papeles mientras otros amasan fortunas millonarias.